

MARIBEL ARRELUCEA Y JESÚS COSAMALÓN

La presencia afrodescendiente en el Perú. Siglos XVI-XX

Lima: Ministerio de Cultura, 2015

Este libro, en sintonía con el título, apunta a ofrecer un panorama general de la presencia de afrodescendientes en el Perú desde el siglo XVI hasta 1940, tomando con base fuentes históricas y demográficas. El texto, desde una mirada de largo plazo, se circunscribe entre dos acontecimientos de gran significado histórico: la llegada de los primeros africanos esclavizados durante el proceso de conquista, como punto de partida, y el último censo de 1940 que registró datos acerca de la etnicidad, como cierre de análisis. La narrativa de los autores está orientada a construir la historia de los africanos y de sus descendientes en el Perú, además de sus conflictos y negociaciones para eludir la discriminación, estereotipos y el racismo que se produjeron con el proceso de formación y consolidación de la República, por lo que constituye no un análisis solo de la esclavitud sino también de la vida cotidiana y los diferentes mecanismos que usaron los afrodescendientes para enfrentar problemas de exclusión e instituir escenarios de integración.

La presencia afrodescendiente en el Perú es una de las contribuciones más importantes al entendimiento de la historia de los afroperuanos y su importancia como intermediarios culturales. Está constituido por cuatro partes con sus respectivas secciones: La primera divide en siete secciones, la segunda, tercera y la cuarta en tres cada una. La argumentación de cada parte está sumamente documentada. Entre las partes, los autores presentan la vida de los sujetos que grafican muy bien cada escenario y contexto, analizan y combinan datos numéricos con biográficos, tejiendo la historia de los afro-



descendientes no como una recuperación de elementos africanos y sujetos con una vida particular, que puede llevar al esencialismo, sino entienden a la presencia de afroperuanos como parte de una cultura nacional pro-

ducto de un conjunto de procesos históricos, políticos, sociales y culturales, en el que se ha desarrollado la coexistencia horizontal y vertical de los diferentes grupos sociales y étnicos, entendidos como castas en la colonia y como razas con el proceso de formación y consolidación de la República, con repercusiones en la autoidentificación y las tendencias de movilidad social de los afroperuanos. Discuten muchas tesis de la historia tradicional que cae en la sobredimensión de la vida individual, por el contrario, entienden los procesos según escenarios históricos, sociales y políticos.

La primera parte explica y describe las características de la esclavitud colonial, la distribución demográfica de los esclavos en el Perú colonial, las modalidades del trabajo esclavo, las formas de control, relación del esclavo con la sociedad, las diferentes luchas contra la esclavitud y la integración de la cultura afrodescendiente en la sociedad colonial. Para los autores, tomando la tesis de Aníbal Quijano, la historia de la esclavitud, los africanos y sus descendientes no está sino ligado a colonización de América y a la expansión de la economía capitalista europea, pero con la presencia de ciertas particularidades: por ejemplo, durante los siglos XVI y XVIII al virreinato del Perú fue a pequeña escala en contraste a otras colonias como Brasil, Cuba, Haití y Jamaica donde el modelo estuvo asociado al empleo masivo de esclavos. Sin embargo, la demanda de mano de obra para el cultivo de la caña de azúcar y la satisfacción del consumo interno de aguardiente y alfalfa permitió el incremento de la importación de esclavos en el siglo XVIII. Precisan que Lima fue la ciudad de la costa donde estuvo concentrada la mayor cantidad de esclavos africanos, representando el 42.6% en el siglo XVII y 45% a fines del siglo XVIII. Fue una esclavitud a menor escala, sobre todo se concentró en la costa, lo que para los autores esto significó la generación de «relaciones más flexibles entre amos y esclavos» (p. 21). En base a datos de investigaciones históricas, como las de Tardieu, Huertas y otros, Arrelucea y Cosamalón plantean que la presencia de esclavos en la sierra durante la colonia estuvo asociada a espacios urbanos, por lo que demuestra la presencia de la esclavitud en el Perú especialmente en dos ambientes: en centros urbanos y en las haciendas.

En esos ambientes, los autores distinguen el desarrollo de dos modalidades de trabajo esclavo: la esclavitud arcaica y la relativa. La característica más importante de la primera es el trabajo sistemático, el castigo y la vigilancia permanente, la limitación para establecer redes familiares y amicales, que significó el intento de

cosificación de los esclavos. Los espacios donde se desarrolló este modo de esclavitud fueron sobre todo las haciendas, chacras, talleres, casas, casonas y con mayor intensidad en las panaderías. Los castigos que recibían los esclavos encadenados eran de sus propietarios o de la Real Audiencia, configurando a estos lugares como espacios de producción y de violencia y castigo. «En conjunto, las condiciones materiales de subsistencia en algunas haciendas, trapiches, tinajas de jabón, talleres, obrajes, casas y panaderías fueron similares a la economía de plantación donde los trabajadores esclavizados vivieron bajo castigos continuos, una severa vigilancia y encierro. Estos lugares requerían una mano de obra indiferenciada y disciplinada donde un trabajador esclavo era un instrumento más de producción. (...)» (p. 27). No precisan los autores las razones del uso del término «arcaico» para adjetivar esta modalidad de trabajo esclavo, y se configura como una actitud de rechazo desde el presente hacia los hechos del pasado.

La segunda modalidad de trabajo esclavo, la «relativa», se caracterizó por su flexibilidad y con mayores grados de libertad para los esclavos. Fue parte de esto la esclavitud doméstica, a jornal y en algunas haciendas, casas talleres, sobre todo en las haciendas jesuitas. El control del amo sobre los esclavos en estos espacios fue moderado y menos rígido, no obstante, convivió con otras formas de trabajo, lo que permitió la interacción de trabajadores de diferentes castas y condiciones materiales y sociales. Esta modalidad permitió, como demuestran los autores, la construcción de redes sociales y familiares. El más característico de esa flexibilidad fue sobre todo el trabajo a jornal, lo que permitió el desplazamiento de los esclavos en busca de empleo y una condición de semilibertad, además de la creación de una cultura interétnica.

Las leyes y los sistemas de control limitaron la vida diaria de los esclavos, esto con la finalidad de remarcar las relaciones de poder entre los que mandaban y los que debían obedecer. Se prohibieron, por ejemplo, las reuniones de esclavos en espacios públicos, los juegos de azar y beber en exceso. Ocupaban sin duda un lugar inferior en la sociedad colonial y recibían los castigos más severos. No obstante, la legislación permitió a los esclavos el derecho de acceder a los tribunales para quejarse, pero solo cuando podía los excesos eran adecuadamente probados, abriendo una grieta en la sociedad colonial a favor de los esclavos.

La sociedad colonial estuvo estructurada de acuerdo a un entramado de jerarquías y diferenciaciones con-



sideradas naturales (indios, mulatos, mestizos, pardos, cuarterones, etc.), una construcción cultural que fue modificada y reconstruida por los mismos individuos que usaron a su favor de acuerdo a ciertos contextos, produciendo la movilidad social y la constitución de una sociedad multiétnica. Esto permitió la movilidad de las personas en espacios específicos y relativizaron la estructura de la dominación esclavista. La sociedad colonial en sus inicios estuvo separada en tres naciones imaginadas como «puras»: los españoles, los indios y los esclavos. La práctica del matrimonio y convivencia, de acuerdo a esta clasificación, debía llevarse entre dos personas de una misma nación. Sin embargo, estas naciones existieron solo en discursos oficiales, mientras la dinámica social generó toda una diversidad de relaciones, lo que produjo dificultades en el control de los nuevos individuos, que fueron identificados colectivamente como 'castas'. A lo largo del siglo XVIII, calidad, clase y casta fueron usadas con mayor frecuencia, debido al crecimiento demográfico, los cambios económicos y a la obsesión de los gobernantes borbónicos por ordenar y clasificar. Los esclavos fueron diferenciados en dos categorías: 'bozales' y 'criollos'. Los primeros considerados como torpes y fieles servidores, mientras los criollos fueron conocidos como inteligentes y diestros, pero también peligrosos, altaneros, pleitistas y vengativos. Arreluca y Cosamalón también precisan la importancia de las diferencias de género: Las mujeres fueron asociadas a la necesidad de tutelaje y al supuesto escaso entendimiento y autocontrol, por lo que su conducta fue regulada con conceptos como el honor, la virtud y recogimiento, entendidas como conducta moderada en la casa y fuera de ella. Las actividades que realizaban eran las consideradas como de baja estimada social, pero también las mujeres africanas y sus descendientes podían desplazarse con mayor libertad por los espacios públicos en contraste a las mujeres consideradas honorables. Los autores, en esto, también enfatizan la relación inversa entre la libertad personal y el honor: a mayor independencia en el espacio público, menor honor; mientras que a menor libertad personal, mayor honor. Las mujeres. El honor, sin embargo, se caracterizó por ser polisémico, usado de diferentes maneras de acuerdo a los objetivos, contextos y demandas. A contraposición de la tesis de Flores Galindo, demuestran, a partir de la recuperación de las nuevas investigaciones de Cosamalón, la presencia de matrimonios interétnicos a finales del siglo XVIII, gestando el encuentro cultural al igual que la gastronomía.

Sin duda, los africanos y sus descendientes buscaron transformar y enfrentar el sistema esclavista mediante tres estrategias, denominados por los autores del siguiente modo: 1) 'pacto social' (resalte de estereotipos positivos como práctica: fidelidad, honestidad y religiosidad), 2) ubicación en los límites del sistema mediante prácticas que afianzaron los estereotipos negativo (fingir estar enfermo para evitar cumplir tareas o disminuir el jornal que ordenaba el amo, por ejemplo) y 3) las estrategias ilegales o delincuenciales (cimarronaje, bandolerismo, los palenques, los tumultos y rebeliones. Los autores demuestran, mediante la descripción de estas estrategias, la actitud activa de los africanos y de sus descendientes para buscar transformar las estructuras de la esclavitud en la sociedad colonial. Resaltan, al mismo tiempo, el papel que cumplieron como intermediarios culturales, y que supieron articular de manera creativa sus propias prácticas y valores con la forma de vida de otros grupos sociales. «La cultura que surgió incluyó formas de vida, comportamientos cotidianos y estrategias de lucha por la supervivencia que enriquecieron la vida de todos nosotros» (p. 59). A pesar de los límites que existieron para mantener relaciones familiares permanentes, buscaron formas de mantenerse interconectados aprovechando las características del entorno donde vivían.

Llevando como título *de la independencia a la abolición de la esclavitud (1821-1854)*, la segunda parte se centra en reflexionar sobre la crisis del sistema esclavista, la coyuntura de la independencia y las primeras décadas republicanas así como sobre la abolición de la esclavitud y la participación de los esclavizados.

La movilidad social y la flexibilización de la esclavitud por parte de los mismos africanos y sus descendiente, sumados a las protestas, levantamientos y las diferentes coyunturas de tensión a lo largo del siglo XVIII y que se profundizaron con las luchas por la independencia y las disputas de los caudillistas que se extendieron hasta mediados del siglo XIX propiciaron la crisis del sistema esclavista. Muchos afrodescendientes utilizaron las estrategias cotidianas para ascender socialmente, podían incluso cambiar de autoidentificación, pero también tenía importancia aspectos como el pago del tributo, la pertenencia a una cofradía o a un gremio, etc. Además, a finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, se tenían más denominaciones de castas (negro esclavo, negro libre, pardo esclavo, pardo libre, moreno esclavo, moreno libre, mulato esclavo, mulato libre, cuarterón de mulato esclavo, cuarterón de mulato

libre, quinterón de mulato esclavo, quinterón de mulato libre, chino esclavo, chino libre, indio noble, indio, mestizo, cuarterón de mestizo, quinterón de mestizo, chola, china chola, español natural de España, español natural de América, americano, extranjero). Las dotes de inteligencia y belleza eran consideradas propias solo de la nación española cuyos miembros detentaban poder y jerarquía sobre los demás.

El surgimiento de la República, como bien señalan los autores, no significó necesariamente el fin del sistema esclavista, muchos sectores económicos estimaron la necesidad de mantenerlo, en contraposición a los planteamientos del liberalismo y la política británica. El contexto posindependiente profundizó la idea de la tendencia criminal de los esclavos, sin embargo, las presiones internas y externas para terminar con este sistema se acrecentaron. Arrelucea y Cosamalón señalan algunos de los medios usados por los sectores económicos para mantener el sistema de trabajo esclavo: el contrabando, la ocultación del lugar de nacimiento de los esclavos o por la extensión del servicio de los libertos por tiempo indeterminado. A partir de la década de 1830, se retomaron esfuerzos para volver a controlar la mano de obra esclava y de los nacidos con posterioridad a la libertad de vientres. Fueron incluso desplazados los decretos de Bolívar sobre variación de amo que beneficiaba en cierto modo a los esclavos. Esta contramarcha con respecto a la esclavitud se profundizó con la derrota de la Confederación Perú-Boliviana en 1839. Los intentos de restauración de la esclavitud, no obstante, se acabaron con la firma del Tratado de Amistad, Comercio y Navegación con Inglaterra en 1850 por Ramón Castilla, en el que el Perú se comprometió con el proceso de abolición del tráfico de esclavos. Fuerzas internas y externas, la presión británica principalmente, permitieron abolir la esclavitud. Esto se complementaría con el decreto de Ramón Castilla en 1854. Sin duda, de manera inteligente y fina, los autores superan contundentemente la vieja idea de la abolición de la esclavitud solo por iniciativa de Castilla, así como la imagen filantrópica y liberal de este personaje, sino más bien toman en cuenta las iniciativas de los propios afroperuanos (revueltas de esclavos en la hacienda San Pedro del valle de Lurín, por ejemplo) así como de la importancia las diversas fuerzas y factores que influyeron.

De la abolición a la guerra del pacífico (1854-1883) constituye el objeto de la parte tercera. Aquí los autores parten de la base de que abolición de la esclavitud,

llevada a cabo por decreto de Ramón Castilla en 1854, no produjo la integración de los afroperuanos, al contrario, fueron sumergidos en una sociedad con enérgicos rasgos racistas y discriminatorios contra la población de origen africano. Sin embargo, los límites construidos para no permitir su integración a la sociedad nacional y movilidad social fueron superados a partir del uso de herramientas creadas por las políticas liberal, tales como la promoción de la educación. Pero también hicieron uso para todo ese proceso los prejuicios instituidos a lo largo de la historia, lo que les permitió mejorar sus condiciones de vida.

La abolición del tributo y de la esclavitud, que estuvieron marcadas por su relación con elementos como el color de piel o las condiciones socioeconómicas, permitieron, además de su movilización desde los campos a la ciudad, que las diferencias de los afroperuanos basadas en la ley (esclavo-libre) dejaron de tener significado, por lo que todos fueron reunidos en una sola categoría: negros. Pero la eliminación de las diferencias que supervivieron desde la colonia no fue excusa para el surgimiento de otras diferencias asociadas al color de la piel basadas en la educación, el honor, la riqueza, consolidándose la valoración de tipo racial. «De este modo comenzó a ‘racializarse’ la pobreza, ensalzando el color de piel blanco como símbolo de estatus social, económico y moral» (p.124). Muchos instrumentos constitucionales y otros documentos durante el siglo XIX e inicios del siglo XX permitieron la difusión de estereotipos raciales instituyendo límites considerables para grupos sociales considerados de bajo estatus social, es decir, contribuyeron a la racialización de las estructuras sociales y económicas, además de consolidar la necesidad de blanqueamiento para la movilidad social. Arrelucea y Cosamalón identifican aspectos que marcaron la exclusión de los afrodescendientes: haber trabajado como doméstico, legitimidad del nacimiento y el color de piel. Se considera que la abolición de la esclavitud significó al mismo tiempo la consolidación del racismo, expresando que las condiciones de vida de los ex esclavos eran duras, generando muchas dificultades para el ascenso social.

Por último, los autores analizan el panorama de cómo la nación fue reinventada con la incorporación de lo popular en lo nacional, producto del intercambio étnico a lo largo de los siglos. Plantean que la transformación económica en las primeras dos décadas del siglo XX, sobre todo durante el Oncenio de Leguía, permitieron el surgimiento de nuevos sectores socia-



les, así como el desarrollo de la urbanización y el crecimiento del Estado. También fue un escenario en donde los valores de la clase aristocrática, como la educación y la decencia, se acentuaron y tuvieron gran difusión al resto de la sociedad, buscando diferenciarse y alejarse de la plebe urbana, mestiza y afrodescendiente. Por el otro lado, muchos afrodescendientes continuaron vincularon al mundo rural mediante mecanismos como la aparecería, arriendos, jornaleros y el yanaconaje, mecanismos que sirvieron para la diferenciación interna de los afroperuanos. Pero también sucedió que, por el cumplimiento de sus obligaciones, muchos de ellos lograron tener mayor respeto de los dueños, mayordomos y otros agricultores. Estos hechos confirman las diferencias y tensiones que surgieron no solo respecto a otros grupos sociales sino, y sobre todo, al interior de los propios afrodescendientes, ya que algunos de ellos tenían mayores posibilidades para ascender socialmente con relación a otros.

Para Arrelucea y Cosamalón la incorporación de los elementos culturales afroperuanos a la cultura nacional tuvo un efecto divergente: «Por un lado, permitió su incorporación en la nación, ampliando su definición, pero, por otro lado, acarrió el peligro de estereotipar a los afroperuanos en esas prácticas culturales como sus únicas posibilidades de desarrollo e integración» (p. 162). Enfatizan dos aspectos de gran importancia en todo este proceso: la música y el deporte. El deporte por estos tiempos llegó con el objeto de disciplinar y civilizar a los sectores populares, sin embargo, sufrió una reinterpretación de acuerdo a intereses de estos sectores, por lo que las limitaciones de ascender social-

mente mediante la educación y el mejor oficio, en una sociedad que no ofrecía mayores posibilidades, fueron superadas a través del deporte y la música, es decir, el uso del cuerpo y las habilidades, aunque permitió la consolidación de estereotipos y la racialización de habilidades, asociando al afroperuano como hábil solo para el deporte pero no para la educación. Los autores rescatan la construcción permanente de estrategias por los afroperuanos para mejorar sus condiciones materiales y sociales de existencia con el fin de lograr el progreso de sus familias y la construcción de la nación.

Concluye el libro con las *reflexiones finales* en donde se sintetizan el rol de los afroperuanos en la modificación del sistema esclavista, la lucha constante que tuvieron desde la vida cotidiana en contextos del período colonial, la independencia y el proceso de construcción de la República, donde el sistema de castas fue reemplazado por el concepto de raza y la criminalización del negro, instaurando formas de exclusión y discriminación que produjeron límites que dejó pocas posibilidades de movilidad social de los afrodescendientes. Pero también definen y precisan la dinamicidad del sujeto afroperuano a lo largo de largo de la historia. El resultado de la investigación de estos autores resulta de lectura obligada para todos aquellos que, ya desde la academia o desde la perspectiva profesional, están interesados en conocer la historia de los afroperuanos en particular y una de las partes más complejas de la historia del Perú en general.

NEKSON PIMENTEL SÁNCHEZ
neksonunmsm@hotmail.com